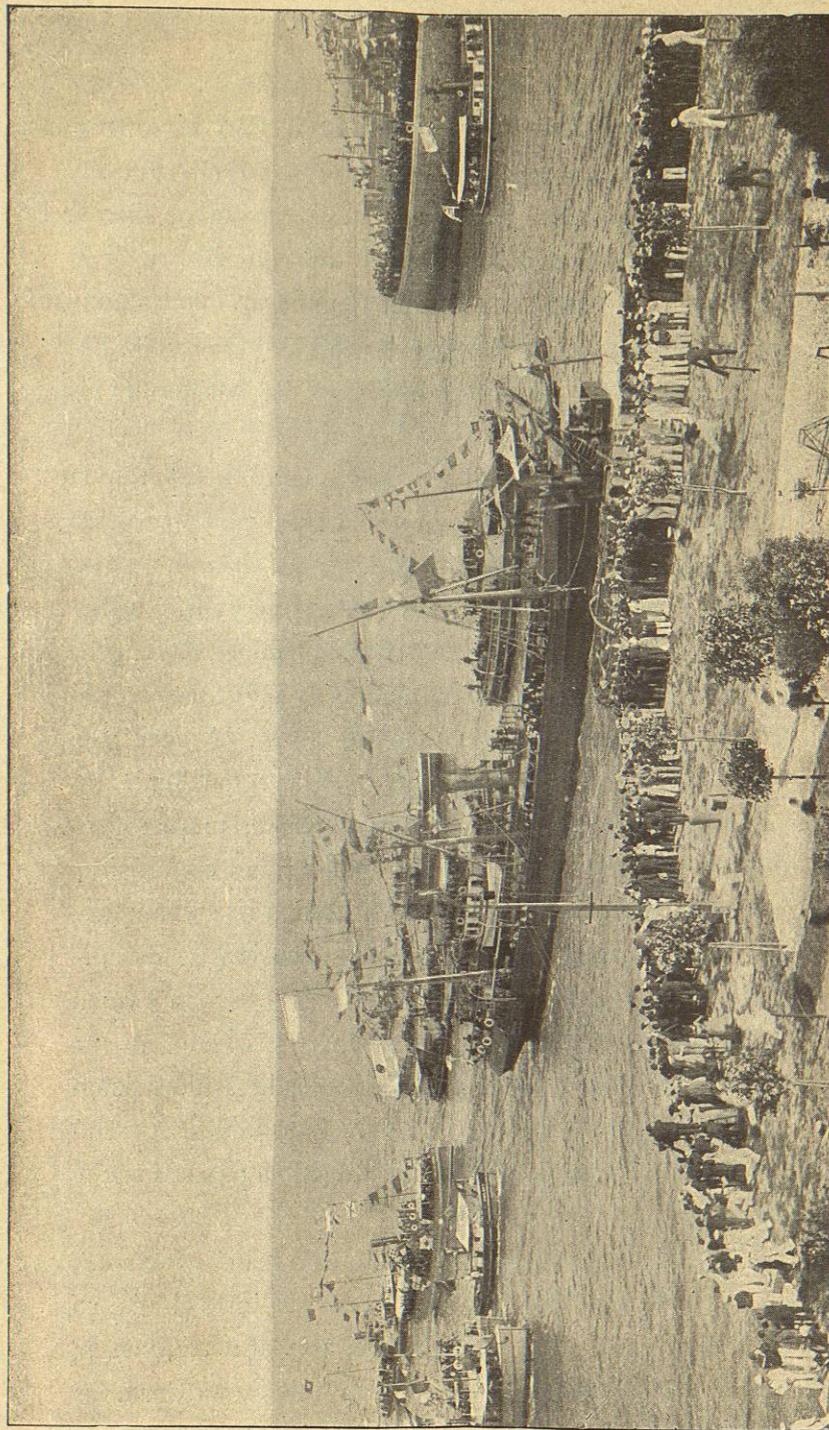


ver, que se introduce por el lado sur. No quiero aquí referirme á los anteriores visitantes, que han presentado este lugar como un desierto por su soledad salvaje, pues tales descripciones son seguramente muy exageradas. Pero ello ofrece una prueba evidente de esta verdad: «todo es según cómo se mira,» y esto ocurría quizás también con la impresión que á mí me había causado.

El día era lluvioso, y continuábamos empleando las mismas ropas de abrigo que cuando atravesamos el estrecho del Dragón. Con el mar ligeramente agitado, atracamos junto á una pequeña playa llena de piedras sueltas de colores, y aun encontrándola poco distinta de las que en general habíamos hallado en las regiones del Polo Sur, todo lo olvidé por el indescriptible placer de volver á ver, después de tanto tiempo, el verde color de las hierbas. ¿Y allá en medio de las piedras, qué será lo que hay? Una flor, pequeña é insignificante... pero ¡qué infinidad de sentimientos hace, sin embargo, despertar en mí! Continúo hacia el interior, encaminándome primero bajo una espesa bóveda de florecientes hayas, y descendiendo después á un valle donde los árboles son más altos. ¡Qué preciosidad y qué verdor y riqueza poseen esos árboles, comparándolos con los casi invisibles líquenes, que durante tanto tiempo han representado para nosotros todo el mundo vegetal! Y al ver algunos agracejos adornados con sus flores encarnadas, tan parecidas á una campana, me creo trasladado de pronto á un verdadero paraíso. Vuelan insectos por el aire, y entre ellos también algunas mariposas grandes, de color amarillo; bandadas de pajarillos salen de los árboles á mi alrededor. Apenas puedo ir adelante, pues el sol, aunque no quema con ese ardor vigoroso que alguna vez se observa en el Sur



Llegada del «Uruguay» al puerto de Buenos Aires.

cubierto de hielo, despide un calor húmedo y sofocante que no es propio de aquellas latitudes. Parece como si se entrase en un invernadero, pero el bosque que allí hay no es ninguna vegetación de invernadero, sino la verdadera naturaleza con todas sus riquezas, y si la impresión que me causó he de compararla con alguna otra, debe ser con la que experimenté al contemplar por primera vez, en las costas del Brasil, los bosques de los trópicos.

Pero no llama la atención por mucho tiempo, toda vez que se trata de una región en cierto modo parecida á las que habíamos visto antes del viaje. Pronto, á pesar del calor, subimos á los riscos que hay por allí, y cuando llegué á una de las pequeñas manchas de nieve, percibí un fresco ciertamente agradable, pero que me recordó al mismo tiempo que, una semana antes, la nieve y el hielo reinaban en absoluto sobre toda la región donde nos encontrábamos. Por la noche volvimos al buque; pero debiendo terminar un trabajo que habían empezado á bordo, tardamos un día más en hacernos á la mar y tropezar con la tormenta. Así tuvimos ocasión de desembarcar otra vez más. El viento había refrescado y caían de vez en cuando ligeros chubascos; pero esto no me impedía estudiar bajo distintos aspectos la conformación geológica tan interesante del país. Al obscurecer se tornó un tiempo tan malo, que me vi obligado á pasar la noche en tierra.

Después de haber tomado á bordo á los tripulantes que dejamos en la isla de Año Nuevo, salimos el día 20 bien temprano, otra vez en dirección al norte, y el 22 por la tarde empezamos á subir el río de Santa Cruz. De nuevo estamos á punto de dar uno de esos pasos de

gigante, que nos convertiría á nosotros, los primeros habitantes de la parte oeste del Antártico, en simples representantes de la civilización de esas regiones. Aquel río caudaloso, en cuya ribera se levantan edificios verdaderos, un grupo de casas, una *estancia* argentina, constituye ya algo nuevo para nosotros. En el monte, cubierto de vegetación, está pastando un rebaño de corderos, y allá á lo lejos se ve avanzar un jinete. ¡Qué extraño nos parece ahora todo esto! Poco á poco empieza á presentarse una línea de casas en el horizonte, que contemplamos extasiados con los gemelos. Era la primera población que íbamos á visitar. Nuestras miradas cambian repentinamente de dirección: vemos por primera vez, después de dos años, una mujer.

Nada de esto era, sin embargo, lo que nos había llevado allí. Nos hallamos en el momento solemne de dar á conocer al mundo lo que hemos hecho y participar á nuestros más próximos parientes, que al fin estamos en camino de casa. Tenía yo terminado un relato sucinto, con el fin de remitirlo telegráficamente á S. M. el Rey, y además otros telegramas destinados al Presidente de la República Argentina y Ministro de Marina, así como para el Cónsul general en Buenos Aires. Casi todos nosotros habíamos escrito separadamente un lacónico saludo telegráfico á los parientes más cercanos del norte. Pero no éramos nosotros los únicos que deseábamos hacer uso del telégrafo. El jefe del «Uruguay» había escrito una extensa información, que sería igualmente enviada de ese modo; los oficiales, que habían aceptado el cargo de corresponsales de los periódicos argentinos, remitieron largos artículos, y un ciento de telegramas particulares, de la oficialidad y tripulación, para sus pa-

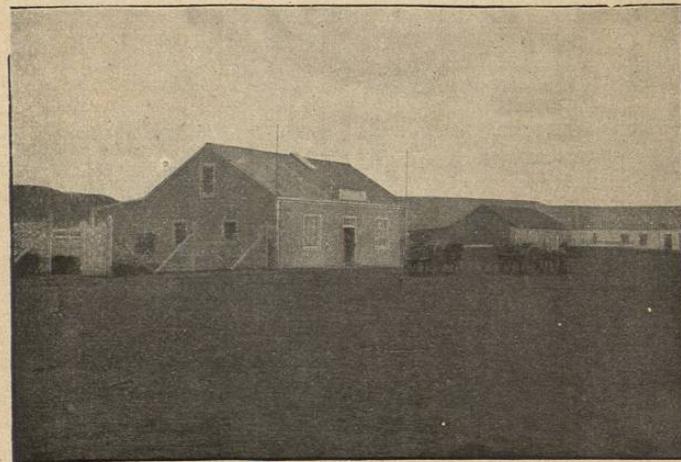
rientes y amigos, estaban también listos para dejarlos en la estación. Yo no me di tiempo siquiera para comer, sino que, inmediatamente, en compañía de uno de los oficiales, me marché en el primer bote á tierra. Multitud de gente nos esperaba en la playa, demostrando su admiración, haciendo preguntas y experimentando inmenso júbilo, cuando se enteró del éxito conseguido por la expedición auxiliar que había sido formada en su país.

Partimos rápidamente para la estación telegráfica, siendo preciso buen espacio de tiempo para examinar y ordenar todos los telegramas, pero antes de salir de allí ya habían tenido lugar de extenderse las primeras noticias por todo el globo, haciendo mención, no sólo de nuestras aventuras extraordinarias, sino también de que la costa norte y este de la parte oeste del Antártico, hasta el círculo polar, había sido explorada, tanto geográficamente como en todo lo referente á su naturaleza.

Permanecimos en Santa Cruz una buena parte del día siguiente para procurarnos toda clase de ropas y otros artículos indispensables. Además aprovechamos la ocasión para tomar en tierra nuestra primera «comida civilizada», cuyo plato más importante fué un frito de cordero con patatas frescas. Tuvimos que detenernos allí para esperar cuantas contestaciones fuera posible á los telegramas que habíamos expedido. Desde Suecia no había tiempo que llegase noticia alguna, pero recibimos felicitación telegráfica del presidente Roca por nuestro salvamento y desembarque en tierra argentina. Nada se sabía en Santa Cruz sobre la expedición sueca, pero al capitán Irizar le decían en uno de los telegramas que recibió, que un par de días antes había salido de Punta Arenas, y por lo tanto no podía alcanzarle ningún tele-

grama. Estábamos muy lejos de esperar semejante noticia, porque siempre habíamos creído que la expedición sueca, después de habernos encontrado, dedicaría algunos meses á exploraciones científicas en el Antártico, y en ese caso había varios de nosotros dispuestos á acompañarla.

Aumentando el calor y mejorando el tiempo más y más, efectuamos rápidamente el viaje de Santa Cruz



Santa Cruz.

hacia el norte. Todo el trayecto lo empleamos exclusivamente en escribir cartas, estando completamente ocupados todos los sitios de la mesa donde podía colocarse un tintero. El capitán había indicado el 1.º de diciembre como día de nuestro arribo á Buenos Aires, si alguna dificultad, ocasionada por el tiempo reinante, no llegaba á impedirlo. El día 30 de noviembre por la mañana, bajo un sofocante calor tropical, que se sentía con igual fuerza por mucho que procurásemos ponernos ropas ligeras, entramos en la caudalosa corriente ama-

rillante del río de La Plata. El «Uruguay» ancló en una bahía escondida, pues para el recibimiento se hacían precisos algunos trabajos, tales como limpiar y pintar el barco, y allí podían ejecutarse sin temor de que fuesen interrumpidos por el oleaje.

CAPITULO XXXII

De Buenos Aires á Suecia

Recibimiento en Buenos Aires.—Viaje en el «Tijuca» á través del Océano.—En casa.



A bordo del «Uruguay.»

LA expedición al Polo Sur había terminado. Bajo un calor tropical, en una región donde pululan millones de hombres, pues se considera casi como la parte más poblada del hemisferio sur, esperábamos los acontecimientos. Acer-

cábase para nosotros un momento de verdadera emoción. Se recordará que las últimas noticias que habíamos recibido de nuestro país eran de año y medio atrás, y podían haber ocurrido muchas cosas durante tan largo tiempo. ¿Qué se diría por el mundo de nosotros y de nuestra empresa? Habíamos obtenido un resultado quizás superior á lo que al empezar nuestro viaje esperábamos, y nuestra conciencia nos decía que en las actuales circunstancias considerábamos cumplido nuestro deber. Tropezamos en nuestra expedición con dificultades excepcionales y la buena suerte no nos ayudó lo